

PEREDA Y LA FAMILIA ECHANOVE

Cierto que a José María de Pereda se le lee hoy poco y se le conoce casi solamente de nombre, no digo entre el público vulgar, sino hasta entre los estudiosos y entendidos en literatura. A su contemporáneo Pérez Galdós le acompaña aún en nuestros días el aura popular y sus novelas no solamente se reeditan, sino que se llevan al cine y a la televisión, con justo y merecido aplauso. Pereda está casi olvidado; y no diré menospreciado, porque así como a otros autores que tuvieron auge en vida, primero declinaron en su fama y luego se les censuró y ridiculizó demasiado acremente (por ejemplo, Ricardo León) sobre la figura de José María de Pereda ha recaído más bien la penumbra de la indiferencia y el olvido. Exceptuamos naturalmente a una minoría que aún lee y saborea su prosa y reconoce en ello «la llama del genio, cuya aparición es tan rara y fugitiva en las edades cultas y decadentes» y se recrea en su lengua «de mil inflexiones diversas, unas veces acre y salina como las emanaciones de la resaca, otras alborozada y jubilosa como los prados después de la lluvia». (Menéndez Pelayo en la inauguración del monumento a Pereda en Santander, el 11 de enero de 1911.)

¿Por qué es esto así? Reconozcamos en primer lugar que la prosa de Pereda es difícil y abundante en formas dialectales. Por otra parte, la acción en sus novelas se desenvuelve lentamente, como la misma vida en las aldeas de la Montaña que describe con amorosa complacencia. La misma índole de Pereda debía de ser difícil. José Montero, gran admirador suyo, dice que: «A pesar de la nobleza de su perfil, la gravedad del gesto y la fijeza de la mirada hacían ser la cara de Pereda de las que el vulgo llama *de pocos amigos*. Tenía además, fama de ser huraño y aún de caer frecuentemente en pecado de altivez... Quizá contribuyó a la fama de su carácter la neurosis que padecía, cuya patogenia habría que buscar en la hiper-agudeza de su ingenio». El mismo autor le identifica con

el «hombre de la cara hosca» que aparece en el segundo capítulo de *Nubes de estío*. Y Pérez Galdós en el discurso de bienvenida a Pereda como nuevo académico de la Lengua, en circunstancias en que suelen menudear las alabanzas y lisonjas y velarse los defectos, parece insistir puntantemente en el carácter nervioso y áspero de su amigo y nuevo compañero en la Real Academia. Añadamos que esta índole ya de por sí nerviosa, hosca y bravía, hubo de agriarse aún más después de la tragedia del verano de 1893, en que perdió la vida su hijo Juan Manuel, en un momento de locura, en un trastorno mental, en que había degenerado en el hijo la neurosis del padre.

Pero sobre todas estas sombras y defectos con que la naturaleza humana denota el barro de que está formada, descuella la semblanza que de él hace José Montero, como arquetipo de una casta de hidalgos ya desaparecida: «Era de noble y grave continente, mediano de talla, enjuto de carnes, recio de tronco y hermoso de cabeza. Tenía la color de ave-llana, correcta la nariz, alta la frente, velados los ojos, bigote bien poblado y de altas guías, perilla larga y ancha, entrecana como el mostacho... La melena rebelde se encrespaba bajo el chambergo derribado airosamente sobre la sien. Vestía pulcramente, sin rendirse a las tiranías de la moda... A veces se abrigaba con la capa española, que llevaba con gentileza, y entonces acababa de dar a su persona el aire de un antiguo caballero de Castilla. Robusto y musculoso, parecía labrado en madera de un roble montañés de buena veta. Era miope como Quevedo y, después de Cervantes, nadie escribió mejor que él». La cita es algo larga; pero la descripción tan vigorosa, que apenas si puede acortarla suprimiendo algunas palabras de la magnífica etopeya.

Añadamos un rasgo sobre las ideas políticas de José María de Pereda generalmente silenciado y poco conocido: el autor de *Peñas arriba* era carlista. Como carlista, fue diputado a Cortes en las primeras de Don Amadeo de Saboya. Antes de esto, viajó a Vevey para presentar sus respetos al Señor Rey Don Carlos VII. Los que le trataron íntimamente afirman que más que carlista era tradicionalista. Entiéndase la diferencia entre los que a todo trance defendían la Legitimidad y los que simplemente se adherían a la tradición o no veían claras las razones de los que consideraban nula la pragmática sanción de Fernando VII que intentó derogar —sin el concurso de las Cortes Españolas—, la ley semisálica de Felipe V, vigente en la *Novísima Recopilación* de 1804. Lo cierto es que a Pereda, sus inclinaciones y simpatías carlistas no le impidieron rendir homenaje a los que de hecho fueron reyes de España. Así, en 1861, for-

mó parte de la comisión que en Santander organizó los festejos para recibir a Isabel II y escribió la letra de un himno que las niñas habían de cantar a la Soberana.

Unas palabras más sobre otro rasgo de su persona que es patente a quien haya hojeado sus obras y fue notorio a quienes le conocieron en vida: Pereda fue profundamente religioso, es decir: católico romano militante. Sus polémicas en *El tío Cayetano* contra liberales y revolucionarios harían sonreír a más de un cura progresista de nuestros días. Pérez Galdós moteja «aquella intolerancia mordaz, aquella flagelante y despiadada inquina contra ciertas instituciones»... etc. Pero ¿qué le vamos a hacer? La fe íntegra y robusta es por su propia naturaleza intransigente, no con las personas, pero sí con las ideas que se desvían de la ortodoxia; y sólo en épocas de fe tibia y vacilante se admiten ciertas concesiones peligrosas con el error. Pero aparte de este catolicismo polémico y militante, nos es grato recordar aquél otro propio del don de sabiduría, que consiste en saborear y gustar (de ahí la sapiencia o sabiduría) los misterios de la fe. De éste rezuman muchas páginas en que Pereda describe la de aquellos montañeses entonces ardiente e indubitada y por fortuna no del todo extinguida. Baste con recordar las inmortales páginas de *Peñas arriba* que narran la confesión, el viático y la cristiana muerte de don Celso Ruiz de los Bejos, en su casa de Tablanca.

Nada nuevo puedo añadir a estos rasgos de la índole perediana perfectamente conocidos de los estudiosos. Pero sí pudiera derramar alguna nueva luz, con la publicación de varias cartas inéditas suyas, a otro aspecto de su persona también sabido, pero que tiene en él ciertos perfiles y singularidades propios de su carácter al mismo tiempo sencillo y complejo, apacible y bravío como las montañas y valles de su tierra o las inquietas ondas del Cantábrico. Me refiero a su afición y culto por la amistad.

En su casa de Polanco pasaron largas temporadas Menéndez Pelayo y Pérez Galdós. También allí le fue a visitar, viejo y triste, el poeta Zorrilla; y se le recibió con la honra y delicadeza que merecía su peregrino ingenio. «Clarín» dijo de él que le parecía uno de los hombres más simpáticos que había conocido. Y gozaron de su amistad, no sólo escritores insignes, sino otros más oscuros y, generalmente, cuantas personas tuvieron la dicha de tratarle. La amistad, pues, uno de los dones más excelsos concedidos a los hombres, fue una de las prendas de la condición de José María de Pereda, por encima de esta primera impresión, huraña y nerviosa, que notó en él José Montero y otros contemporáneos suyos.

Una de las personas que gozó de su amistad fue D. Antonio Fernando de Echanove y Arcocha. No encontramos demasiadas referencias a esta amistad de Pereda, no sólo con Antonio, sino con toda su familia, en sus biografías ni en su epistolario. En las «Cartas de Pereda a José María y Sinforoso Quintanilla», publicadas por D.^a Concepción Fernández-Cordero y Azorín (Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo. — Santander. — 1968) hay una del 17-V-1892 en que dice: «De Echanove recibí un atento telegrama al volver de Montserrat y se le contesté en el acto. Díselo así por si no lo ha recibido, con un abrazo de mi parte». D.^a Concepción Fernández Cordero aclara en una nota: «Antonio Echanove era un burgalés muy inteligente y simpático que había fijado su residencia en Santander e ingresado en el círculo de *Las Catacumbas*. En 3 de noviembre de 1893 quedó muerto en el muelle, víctima de la explosión del *Cabo Machichaco*».

También José Montero, cuando habla de la visita que el novelista catalán Narciso Oller hizo a Santander en 1892, al mencionar los asistentes al banquete en su honor —entre ellos Pérez Galdós— los discursos y brindis pronunciados, cita «otro brindis de Echanove». Ignoro si en las cartas de Pereda hay más referencia a esta amistad con Antonio de Echanove. Lo que sí sé de cierto es que en la novela *Pachín González* en que se describe la horrenda catástrofe del *Cabo Machichaco*, al narrar los extraños efectos de la explosión: cadáveres sin la menor lesión aparente; niños desaparecidos de entre los brazos de sus zagalas o niñeras ilesas y viceversa, etc., hay una frase que alude a su amigo Antonio de Echanove; es aquél de quien dice: «otro descalzo de un pie y con el correspondiente botito al lado». En el ejemplar que tengo de esta novela que perteneció al Coronel de Artillería D. Manuel de Echanove y Arcocha, hermano de Antonio, esta frase está subrayada con lápiz y, al margen, entre paréntesis, esta sencilla y cristiana abreviatura: R.I.P. Según oí decir, el cadáver de Antonio de Echanove, sólo tenía una herida en la cabeza, causada por un trozo de hierro, pero mortal de necesidad. En mi casa vi desde mi niñez, hasta que desapareció en la guerra de 1936, un bastón cuyo puño estaba fabricado con este trozo de hierro y que tenía grabada en oro la imagen del vapor *Cabo Machichaco* y alguna inscripción que no recuerdo, en la que D. Manuel de Echanove dedicaba un recuerdo a su querido hermano.

Cinco son las cartas de José María de Pereda que me propongo transcribir y comentar: tres de ellas dirigidas a su amigo Antonio Fernando de Echanove y dos a su hermano Manuel; pero antes me parece interesante transcribir en parte otra de Antonio a su hermano Manuel, porque

en ella se habla de la tremenda desgracia que afligió a Pereda en 1893 con la muerte desventurada de su hijo y también se alude a otros sucesos contemporáneos, acaecidos en la provincia. Tiene fecha 11 de septiembre de 1893, está escrita con elegantísima letra de varoniles trazos y en sus párrafos esenciales dice así:

Mi queridísimo Manolo:

De palabra te hubiera dicho cuanto haya de contener esta carta si las circunstancias no me impidieran estar ahí el 14 para celebrar el cumpleaños de nuestro Padre... Este es un *lado*; por otro van los motines de aquí y de Ramales y la fuga de 17 (!) penados de Santoña.

De lo ocurrido aquí podrás enterarte mejor que por lo que pudiera decirte, con la lectura de esos números de «El Atlántico» que te envío con ese objeto. En Ramales se amotinó esta mañana el pueblo para impedir la salida de los Escribanos del suprimido juzgado, que iban a entregar sus oficios a Laredo y no pudieron continuar el viaje porque aquellos vecinos han interceptado la carretera, echando a tierra todos los árboles de las lindes. De los fugitivos de Santoña, siete fueron capturados a muy poco de su salida del Penal; cuatro fueron muertos en unas marismas; y los seis restantes llegaron al monte de Hano [¿Jano?] donde, según telegrama que he recibido esta tarde, han sido aprendidos cuatro y son perseguidos los dos restantes.

Ya sabrás la desgracia en casa de Pereda: su hijo Juan Manuel murió trágicamente en Polanco. No he visto más que a D. José María y movía a la mayor compasión su dolor. Su Señora ha estado a punto de enloquecer. A las exequias celebradas en aquel pueblecito pintoresco y poético, acudimos muchísima gente.

...Adiós, Manolito; hasta pronto. Da cariñosos recuerdos a nuestros hermanos y tu sabes que te quiere entrañablemente tu hermano

Antonio Fernando

Hecha esta presentación que me pareció necesaria, daré a conocer las cartas de José María de Pereda por su orden cronológico, tal como las he podido descifrar, pues algunas palabras más se adivinan que se leen. Casi todas excepto algunos nombres propios o apellidos pude descifrarlos. Un grafólogo sacaría consecuencias interesantes de los manuscritos de Pereda ¿no son señal de un entendimiento rápido e intuitivo, más contemplativo que discursivo, estos signos y rasgos que no son la palabra

misma, sino su quintaesencia o su imagen vagorosa? La primera de las cartas está fechada en Santander y dice así:

Santander 18 de En.º/92

Sr. D. Antonio Echanove

Queridísimo am.º: con esta van dos, y dos mil irán si ocurren otras tantas cosas idénticas, no se curan mis convecinos del vicio de tomarme por su procurador y V. no se *corrige* de la virtud de ser amable y placentero. Trátase ahora de un *polanqués*, mozo abogado de nobilísima condición y no tonto, D. Manl. Torre y To...a(?) de nombre, que piensa hacer oposición en esa ciudad a una de las notarías vacantes y me pide una recomendación para los Sres. del tribunal, à quienes yo no tengo el gusto de conocer.

Esta recomendación es la que me permito endosar a V., como no hace mucho tiempo, le endosé otra semejante con muy buen resultado.

El tribunal lo componen

D. Eduardo Casso: presidente

D. Luis Gallo

D. Julián Cancudo (?) abogados

D. Tomás Giménez

D. José Cormenzana (?) notarios

El recomendado Sr. Torre ha hecho y elevado ya su instancia aspirando a la notaría de Santander, de Renedo (?) o de Roa.

Si con estos datos y por conocer a alguno o algunos de aquellos señores me hace V. la caridad de interesarlos un poco y cuanto quepa en ley à favor de mi convecino, él y yo lo hemos de agradecer con alma y vida, después de pedirle mil perdones por el atrevimiento.

Y todavía le pido à V. más: le pido que, con un abrazo de mi parte dé traslado de esta pretensión à su amabilísimo cuñado, mi conterráneo (sic) y amigo el Sr. Setién, que no dejará de echar una mano al asunto y hacer en él algo de lo mucho que podrá por su bien ganado prestigio entre esos señores togados.

Con que ¿le parece a V. mi buen amigo, cosa de juego esta frecuencia con que le *mortifico*? Pues V. tiene la culpa, como la tiene su señor cuñado, por ser tan blandos de corazón y placenteros de carácter con gente que no lo merecemos.

Dícenme que ha pedido V. prórroga de su licencia. Si es porque lo necesita para restablecer su salud, lo deploro hondamente; si es por el ansia de solazarse un poco más al calorcillo vivificante del hogar paterno, le aplaudo el gusto; pero de todas maneras le echo muy de menos entre estos amigos que tanto le quieren a V.

En los primeros días de este mes escribí a V. respondiendo à una muy atenta carta suya a fin de año. Conste, por si se extravió.

Salude cariñosamente à su Padre, a Manolo y al Sr. Setièn, cuyas tarjetas recibí y agradecí en el alma, y a su herm.^a (c.p.b.) y que no por ser la última en la lista, deja de ser la prim.^a en merecer los respetos de su af/do am.^o

J. M. de Pereda

Toda esta fam.^a le saluda a V. y desea su vuelta bien restablecido de su achaque.

Esta simpática misiva del gran escritor, que rebosa la cortesía —ya perdida— del siglo XIX y demuestra una vez más la solicitud de Pereda por sus convecinos y coterráneos de Polanco, no requiere otro comentario que explicar quién era D. Miguel Setièn, a quien se refiere D. José María. Don Miguel Setièn González estuvo casado en primeras nupcias con doña Concha de Echanove, de la cual tuvo tres hijos: José Ramón, María del Milagro y otro fallecido en su niñez. D.^a María del Milagro estuvo casada con el catedrático D. Adolfo Delibes y fueron padres del conocidísimo escritor contemporáneo Miguel Delibes Setièn. Era, pues, Miguel Setièn abuelo del novelista Delibes. Ardiente tradicionalista, tengo oído que en su juventud combatió en los batallones de Carlos VII. En cuanto a María Setièn, su hija, la hemos conocido hasta no hace muchos años como madre ejemplar y trasunto de la «mujer fuerte» de los Proverbios, la «perfecta casada» en el inmortal comentario de Fray Luís de León. En segundo matrimonio, D. Miguel Setièn casó con su cuñada Rosa de Echanove, de la cual no tuvo sucesión.

La segunda carta de Pereda está fechada en Zaragoza y dirigida también a Antonio de Echanove. El papel lleva un pomposo membrete que dice «Gran Hotel de las Cuatro Naciones y del Universo»; aunque en el sobre se denomina: «Gran Fonda» también de las cuatro naciones (que no sé cuáles serían porque en España por aquellas fechas no había más que una nación) y también del Universo, por supuesto. Dice así:

Zaragoza 26 de Mayo/92

Sr. D. Ant.º Echanove

Mi querido am.º: cumpliendo lo que le prometí à V. ahí, por exigencias de su inagotable bondad para conmigo, tengo el gusto de poner en su conocimiento que si logro cortar por donde tengo señalado, el martes próximo 31, salvo los designios de Dios y los *chistes* de nuestras comp/as de ferrocarriles, estaremos en Burgos, no sé en qué tren ni à qué hora, procedentes de Pamplona, mi hijo, mi cuñado y yo, que aún vivo, aunque me parece mentira algunas veces ¡tan *arrastrada* ha sido mi existencia mes y medio hace! Yo que siempre fui *casero* ¡imagínese V., amigo mío, hasta qué punto sentiré la nostalgia del hogar con este vivir exausto (sic) y en perpetua tensión de espíritu y de cuerpo! Le aseguro a V. que ya no puedo más.

Desde Barcelona telegrafíé à V. avisándole el recibo de su cariñoso parte. Sentiría que no hubiera V. recibido el mío.

Mi hijo y mi cuñado le envían por mi conducto muy encarecidos recuerdos, y yo, anticipándole las gracias por su favor en perspectiva, me despido de V. aquí con un abrazo moral (?) à cuenta del estrechísimo *de veras* que le daré el anhelado día de mi llegada à esa ciudad, digna de mejores destinos, si no contuviera, como contiene ahora mismo y mientras V.V. no salgan de su recinto, lo que más ama en la tierra su af/do am.º y s. q. l. b. l. m.

J. M. de Pereda

La última frase es enigmática para mí y no entiendo qué mejores destinos deseaba a Burgos el autor de *Sotileza* o qué males lamentaba en la noble ciudad casteñana.

El telegrama de que habla Pereda se conserva también. ¡Aquellos antiguos no rompían un papel y tenían tiempo y sitio para guardarlos ordenados! Está dirigido a «Antonio Echanove. Audiencia» y dice así: «Al volver Montserrat hállome telegrama suyo gracias le abraza. Pereda».

Quisiera hacer una observación lingüística a la carta de Pereda. Nótese que dice «avisándole el recibo», castellanamente, y evita el feo galicismo, hoy tan extendido de «acusar recibo». ¿De qué vamos a acusarlo?

La tercera carta también se endereza a Antonio de Echanove. Es de enero de 1893 y dice así:

Santander 2 de En.º/93

Sr. D. Antonio Echanove

Mi muy querido am.º: agradezco a V. en el alma lo mismo que toda esta familia, la cariñosa salutación que nos manda en su grata del 31 la cual llegó a mis manos momentos antes de reunirse en esta su casa *la tropa dominguera*. De este modo pudo recibir calentitos los recuerdos que V. la enviaba por mi conducto, y puedo yo devolverle, coleando todavía, pues fueron recibidos anoche, los muy afectuosos con que le paga.

Lo mismo estos amigos que yo extrañamos que nada diga V. de su vuelta à esta ciudad donde tanto se le quiere.

Diodora (mi mujer) María y sus hermanos (as?), dos de los (las?) cuales van à estas horas camino de Villacarriedo, terminadas las vacaciones de Navidad, le saludan V. y le desen todo linaje de prosperidades en el año que ha empezado a correr, lo mismo que à toda su familia, deseos à los cuales me asocio yo de todo carzón, con el ruego encarecidísimo de que ofrezca un especial tributo de cariño respetuoso al augusto patriarca de ese hogar afortunado.

Con esto y un abrazo, se despide de V. hasta la vista su af/mo am.º y s. q. l. b. l. m.

J. M. de Pereda

El «augusto patriarca» a quien Pereda dedica un cariñoso y respetuoso recuerdo al final de su carta, era el padre de D. Antonio y llamábase D. Francisco Antonio de Echanove y Echanove que entonces contaba 96 años de edad, pues nació en 1797. A pesar de la identidad de sus dos primeros apellidos sus padres no eran primos hermanos, ni segundos, sino parientes muy lejanos. Su madre era hermana del que fue Arzobispo de Tarragona D. Antonio Fernando de Echanove y Zaldívar. Algo quisiera decir de este caballero con cuya sangre y apellido me honra. La Institución Fernán González publicó una breve biografía suya, escrita por D. José Sanz y Díaz y cuyo título es: «Don Francisco Antonio de Echanove y Echanove (1797-1895). — Historia de un Caballero Seminarista de Vergara enraizado en las tierras de Burgos». Está llena de datos interesantes, de los cuales se me permitirá entresacar algunos. Su nombre figura, en efecto, en la lista de los Caballeros Seminaristas del Real Seminario de Nobles de Vergara en 1816, que D. Francisco conservó toda su vida. Para ingresar en este colegio o seminario (no eclesiástico) se requerían pruebas de nobleza y Sanz Díaz hace notar que en el *Catálogo de Vizcainías* de Basanta

de la Riva se consigna la del padre de D. Francisco Antonio: Manuel Casimiro, bautizado en Arechevaleta en 1759, que está probada en la Real Chancillería de Valladolid hasta sus quintos abuelos, o sea hasta el siglo XVI. En la ejecutoria se hace notar que la prueba de hidalguía no les era necesaria en sus tierras de Mañaria, donde era sobradamente conocida, sino solamente por ausentarse a América D. Policarpo de Echanove y que allí continuase gozando sus privilegios como noble.

En 1833 fue nombrado ingeniero en la continuación de los *Canales de Castilla* (era ya Ingeniero de Caminos desde años antes) y desde entonces planeó y proyectó el *Desagüe de la Laguna de la Nava de Campos* obra que tuvo la valentía de emprender con sus propios recursos muchos años después, cuando ya tenía setenta —mediante contrato con el Gobierno en 1867— y que no pudo llevar a cabo por la oposición de los pueblos colindantes, cuyos vecinos al amparo de la noche destruían las obras y destrozaban cauces y acequias, acusándole luego de no cumplir el contrato. Oí decir que en cierta ocasión le mostraron un gran charco de agua que ellos mismos habían causado y D. Francisco Antonio que todo lo llevaba con ecuanimidad repuso «¡Bah!... Eso se lo bebe mi caballo». Quedó como un proverbio hasta no hace muchos años, cuando se formaba un charco o inundación por aquella comarca, decir: «Eso se lo bebe el caballo de Echanove». Consumió en esta ingente obra gran parte de su fortuna y tuvo que vender su hermosa finca de *El Pasatiempo* en las cercanías de Burgos.

En sus viajes por el Norte de España, Sur de Francia e Italia anotaba todo y describía minuciosamente edificios, castillos, fábricas y hasta instrumentos o aperos de labranza, como un arado inglés que describió y dibujó pieza por pieza, porque era desconocido en España. Casó en 1845, a los 47 años de edad con doña Elena Arcocha y García-Suelto hija del caballero D. Santiago de Arcocha y López de Novales, originario del valle de Orozco. Tenía su novia 18 años y, contra lo que pudiera suponerse, sobrevivió bastantes años a su mujer, que falleció el 16 de diciembre de 1883 a los 57 años de edad.

Permítaseme añadir algunos rasgos más de este gran español y vascongado, en parte tomados de la biografía de Sanz y Díaz, y en parte oídos por tradición familiar. Era muy madrugador; cuando estaba en su granja de *El Pasatiempo* se levanta con el alba. De extraordinaria frugalidad en la mesa y con predilección por los alimentos vegetales; carne de cerdo nunca la comió ni bebía licores. Nunca olvidó el vascuence que aprendió en su niñez y se hablaba en familia aunque me consta que las cartas —aunque

fuesen de un hijo a sus padres— se escribían siempre en castellano. De costumbres sanas y sin vicios, cuando se casó a los 47 años, pudiera parecer que tenía poco más de treinta. Liberal ingenuo y convencido, cuando pasó por Guipúzcoa, durante la guerra carlista, elogia el respeto a las propiedades que se nota en el campo carlista, en contraste con la barbarie de la Legión Inglesa y los excesos de las mismas tropas isabelinas. Oí decir que a los noventa años todavía montaba a veces a caballo. Tenía una importante biblioteca con libros científicos del siglo XVIII y otros de religión y literatura, la Biblia y obras de Balmes, Jovellanos, Cervantes; Moratín, el P. Isla... En su testamento invoca los fueros de Vizcaya (que ya estaban abolidos): «Considerando el otorgante que puede disponer con arreglo a fuero de los bienes del Infanzonado, quiere que el Caserío de Iturburu, con todas sus pertenencias en la citada anteiglesia de Mañaria sea para su hijo D. Antonio Fernando y que a su vez el caserío de Baraya, igualmente con sus pertenencias y radicantes en la misma anteiglesia, sea para su hijo, el citado D. Manuel... y que a las demás hijas se les entiendan dejadas las legítimas foral (sic) establecidas en el fuero de Vizcaya» etc. En el mismo testamento confiesa su fe católica, dispone que sus funerales sean de tercera clase, pero que se paguen como de primera; que se celebren también misas en Mañaria y en Vitoria y se den limosnas a diversas instituciones religiosas y a los pobres de Mañaria y de Ochandiano, por un total de 1.000 pesetas, cantidad no despreciable en aquel año de 1891, en que otorgó su testamento. Discúlpeleme si me he alargado en la semblanza de este gran compatriota español y vascongado.

Hay otra carta que no es de la letra ni el estilo de Pereda, pero que está firmada por él en primer lugar, y después por varios amigos de Antonio de Echanove, y dirigida a su padre D. Francisco Antonio. Está fechada el 5 de noviembre de 1893 y, en los términos más afectuosos, le dan el pésame por la muerte de su hijo, acaecida —como queda dicho— dos días antes en la catástrofe del *Cabo Machichaco*. La firman: José M. de Pereda; Sinforoso Quintanilla; Antonio de Mazarrasa; José M. Quintanilla; Pedro Cagigas; Alfonso Ortiz de la Torre; Aurelio y Eutimio de la Revilla; Antonio de Bustamante; Federico de Vial; Agabio de Escalante y otro ilegible. Al final, Sinforoso Quintanilla excusa a D. Juan Pelayo España y a D. Enrique Menéndez Pelayo de no firmar, por hallarse en el hospital atendiendo a los heridos.

Una observación quisiera hacer: la mayoría de aquellos hidalgos montañeses, que firman la carta, anteponen a su apellido la preposición «de»; y hacen bien, si esto era la tradición familiar. Pero la suprimen en el ape-

lido del hidalgo vizcaíno a quien la enderezan. Ya sabemos que en España —al contrario de otras naciones—, esta preposición no tiene significación nobiliaria, sino simplemente de origen, generalmente geográfico. El apellido Echanove se suele pronunciar como esdrújulo, pero no se acentúa, conforme al uso del vascuence. En cuanto a la letra *uve*, también extraña al vascuence, he notado cierta indecisión incluso en documentos de fines del siglo XIX. Don Francisco Antonio se firmó muchas veces «de Echanobe y Echanobe». Pero finalmente prevaleció la forma actual, con preposición, con *uve* y sin acento. Así es la tradición, y así se ha mantenido hasta ahora. Parecerá una nimiedad, pero no he resistido a la tentación de aclararlo.

La cuarta de estas cartas (prescindiendo de la que acabo de mencionar y que sólo está firmada por Pereda), va dirigida a D. Manuel de Echanove y Arcocha, hermano de Antonio. Está escrita en papel rayado con orla gruesa de luto, y dice as:

Santander 10 de En.º/94 Sr. D. Manl. Echanove

Mi querido am.º: por conducto del Sr. Pedrero llegó a mi poder el retrato del inolvidable Antonio (q. D. h.) de parte de U. y elegantemente enmarcado. V. que conoce la cordialidad de mi cariño a aquel tan notable como infortunado amigo y a cuanto le pertenecía, comprenderá fácilmente la estimación que he dado al obsequio y el lugar que le he destinado en este hogar, honrado ya con el retrato de su Sr. padre, también por obsequio inmerecido de U.

A éste debiera, en rigor, ir dirigida esta carta; pero el recelo de agravar su pena con el asunto de que se trata, me mueve a dirigirme a V. con el ruego de que, en los términos que mejor le parezca, le haga conocer estos mis sentimientos, lo mismo que al resto de su familia, à toda la cual reitero, lo mismo que a V. la cordialidad con que soy su af/mo am.º y s. q. l. b. l. m.

J. M. de Pereda

Finalmente, hay una quinta y última carta, también escrita en papel rayado y con orla de luto algo menos gruesa que la anterior. También dirigida a D. Manuel de Echanove, dice como sigue:

Santander junio 2/95

Sr. D. Manl. Echanove

Mi querido am.º: por el correo de ayer recibí su tarjeta del 28 p.p./do y con ella el recordatorio del pobre Ant.º (q. D. H.) que se lo agradezco mucho lo mismo que toda esta familia, que no le olvida en sus oraciones.

No me sorprende la noticia de su marcha a Cuba, porque sabíamos por los periódicos que le había tocado a V. en *suerte* ese viaje que si como militar puede halagarle, quizá le sea penoso por respeto y cariño a su Padre tan necesitado, a sus años, de la presencia de sus hijos. Pero Dios es Dios y su providencia está sobre todos y muy particularmente sobre los que de El esperan y en El confían. Por nuestra parte no han de faltarle fervorosos ruegos para que le otorgue salud y prosperidades en la noble empresa que le arranca ahora de su hogar y de los brazos de su familia.

Toda ésta mía me encarga que así se lo manifieste; y yo lo cumplo gustoso rogándole que salude a la de V. muy cordialmente en nuestro nombre y en particular a su patriarca venerable; y que acepte el estrechísimo abrazo de despedida que le manda con estos renglones su entrañable am.º

J. M. de Pereda

Esta noche veré a los contertulios que seguramente aceptarán y devolverán con alma y vida el saludo que me encarga V. para ellos

Nada hay que comentar en estas dos últimas cartas, sino es una equivocación, que acaso no sería de Pereda, sino de los periódicos donde él leyó la noticia de la ida a Cuba de su amigo Manuel de Echanove. Este, que entonces era capitán de Artillería, no fue a Cuba porque le tocase en suerte, sino que voluntariamente pidió un puesto de honor en la defensa de la patria, aún sabiendo que seguramente no volvería a ver a su anciano padre, como así fue. Dejó escrito un interesantísimo diario de campaña; se duele en él de que su destino al mando de una batería en la bahía de Matanzas, le impidiese tomar parte en las más arduas batallas del Caney y Lomas de San Juan; aunque se desprende de su diario, también hubo cañoneos y ataques norteamericanos en Matanzas, a los cuales respondieron nuestras baterías de Sabanilla y Morillo. Habla también de combates menores que no he leído en ninguna historia, como el del torpedero norteamericano «Custing» con la cañonera española «Ligera» en el cual el norteamericano sufrió importantes averías. Pero el final fue tan desventurado como sabemos. Cuando ya se hablaba de la termina-

ción de la guerra, anota el capitán Echanove: «Triste cosa sería tener que sucumbir sin haber casi combatido y que un ejército de 150.000 hombres que hay en Cuba, tuviera que abandonarla, sin sufrir una derrota». El, como otros muchos, hubiera querido resistir hasta el final de sus fuerzas, aún después de perdida la escuadra. Y cuando sabe que se ha firmado la paz, exclama: «¡Hermosa palabra, cuando no lleva aparejada la derrota!». Fue siempre D. Manuel de Echanove ardiente español, militar y caballero. Casó en el año 1900, siendo ya comandante de Artillería con Doña María de los Dolores Guzmán Ladrón de Guevara, hija del vicealmirante de la Armada D. José Guzmán y Gaitier y nieta, por línea materna, de D. Javier Vélez Ladrón de Guevara y Valcárcel, Conde de Guevara. Murió repentinamente, cuando era coronel de Artillería y mandaba el regimiento de Getafe, volviendo a caballo (único medio casi entonces, junto con el tren, para ir desde su cuartel a Madrid), a los 59 años de edad, el 19 de mayo de 1917.

José María de Pereda, que en su juventud también quiso ser artillero, y viajó a Madrid en 1852 para preparar su ingreso en la Academia de Segovia, entendió muy bien en 1895 lo honroso y deseable que era para un militar defender a su Patria dondequiera y contra cualquier enemigo, por poderoso que fuese. Pero la vocación de Pereda era distinta y pronto lo comprendió: no podía vivir lejos de su amada tierra, sin oír el rumoreo de sus bosques y el murmullo de sus fuentes, ni sin respirar el aire de sus montañas. En ella sirvió también a España de manera egregia, con el ejemplo de su vida y con el hechizo de su robusta prosa, en la cual hay tantas páginas de imperecedera belleza.

Jaime ECHANOVE GUZMAN